

Homilía en la fiesta de la Presentación del Señor
Jornada de la Vida Consagrada
La Santa, 1 de febrero de 2014

Queridos hermanos y hermanas de vida consagrada:

En esta fiesta de la Presentación del Señor, celebramos con gozo el día de la Vida Consagrada y damos gracias a Dios por la entrega generosa que cada uno de vosotros hace desde el seno de vuestras congregaciones y familias religiosas.

«Cristo llega con poder. Iluminará los ojos de sus siervos», proclama la antifona del rito de la luz. Sí, Cristo os saca del mundo para iluminaros los ojos con la luz de su mirada y os devuelve al mundo para que seáis una luz profética en medio de los hombres, para que seáis *evangelizadores con Espíritu*.

Permitidme que reflexionemos, desde la exhortación *Evangelii gaudium*, sobre esta invitación del Papa Francisco: ser evangelizadores con Espíritu.

En primer lugar, ¿a qué se refiere el Papa con esta expresión? Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo. El Espíritu Santo infunde la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia (*parresía*), en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente (*EG*, 259). Cuando se dice que algo tiene «espíritu», esto suele indicar unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria. Ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu. En definitiva, una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora (*EG*, 261). Esta fiesta de la Presentación del Señor ha de ser para nosotros una inundación del Espíritu Santo.

En segundo lugar, ¿Cuáles son las motivaciones para un renovado impulso misionero? ¿Cómo vivirlo desde nuestra consagración religiosa?

1. *Primera motivación: cultivando nuestro espacio interior.* Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan. No sirven ni la oración sin un compromiso social y misionero, ni la praxis social o pastoral sin una espiritualidad que transforme el corazón. Siempre hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración (*EG*, 262). Hay quienes se consuelan diciendo que la vida interior hoy es más difícil... Sin embargo, en todos los momentos de la historia están presentes la debilidad humana, la búsqueda enfermiza de sí mismo, el egoísmo cómodo y, en definitiva, la concupiscencia que nos acecha a todos. Eso está siempre, con un ropaje o con otro (*EG*, 262). Pero, esto no debe servir como excusa para no tomar en serio el cultivo de lo interior y la creatividad a la hora de obrar. Hoy renovamos nuestro

propósito de cultivar nuestro interior como María, que guardaba la Palabra en su corazón.

2. *Segunda motivación: el encuentro personal con el amor de Jesús.* La principal motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, la experiencia de ser salvados por Él, que nos mueve a amarlo siempre más. Necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor... Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva (EG, 264). Cada vez que uno vuelve a descubrirlo, se convence de que eso mismo es lo que los demás necesitan (EG, 265). El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie (EG, 266). Unidos a Jesús, buscamos lo que Él busca, amamos lo que Él ama (EG, 267), somos discípulos misioneros.

3. *Con el gusto espiritual de ser pueblo.* Para ser evangelizadores de alma hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente. La misión es una pasión por Jesús y una pasión por su pueblo. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo (EG, 268). Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora. La entrega de Jesús en la cruz no es más que la culminación de la entrega que marcó toda su existencia: con los pobres, los enfermos, los pecadores. Cautivados por ese modelo, deseamos integrarnos a fondo en la sociedad, compartimos la vida con todos (EG, 269). Así como Cristo «ha pasado por la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora pasan por ella» (Heb 2, 18), del mismo modo quiere que toquemos la miseria humana, la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos refugios personales o comunitarios que nos mantienen a distancia de los demás (EG, 270).

Un misionero entregado experimenta el gusto de ser un manantial, que desborda y refresca a los demás. Sólo puede ser misionero alguien que se sienta bien buscando el bien de los demás, deseando la felicidad de los otros. Esa apertura del corazón es fuente de felicidad, porque «hay más alegría en dar que en recibir» (Hch 20, 35). Uno no vive mejor si escapa de los demás, si se resiste a dar, si se encierra en la comodidad. Eso no es más que un lento suicidio (EG, 272). La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar... Yo soy una misión, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar (EG, 273). Y para esto es necesario reconocer que cada persona es digna de nuestra entrega, que todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor. Más allá de toda apariencia, cada uno es inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega (EG, 274).

Queridos hermanas y hermanos consagrados, renovad hoy con enorme alegría vuestras promesas y votos ante la mirada tierna de Cristo. Vuestra vida entregada y vuestro testimonio es también vuestro martirio cotidiano, es un signo de alarma para el mundo actual. Así se expresaba la Santa: «Pues, ¿ya no sabéis, hermanas, que la vida del buen religioso y que quiere ser de los allegados amigos de Dios, es un largo martirio?» (CV 12, 2). ¡Sed, pues, testimonio de un modo distinto de ser, de actuar, de vivir y de hacer! La vida consagrada debe permitir el crecimiento de la Iglesia por el camino de la atracción. Seguid a Jesucristo de un modo profético; esa es vuestra esencia y a eso responden vuestros carismas particulares. El acento debe caer en ser profetas, y no jugar a serlo. Sed profetas que testimonian cómo Jesús ha vivido en la tierra. Sed testigos de la fuerza humanizante del Evangelio a través de la vida fraterna y de la misión. ¡Sed Signos de la ternura de Dios! María, la Madre del Evangelio viviente, sea la estrella que guíe vuestros pasos hacia la nueva evangelización. Que así sea.